

Reflexiones sobre el drama

(ENSAYO LEÍDO Y COMENTADO POR SU AUTOR EN EL
«CENTRO RICARDO CARRASQUILLA»)

El concurso abierto recientemente por doña Camila Quiroga, para premiar la mejor obra dramática, da mucho en qué pensar. A una palabra suya creamos un género, o mejor, produjimos en dos semanas lo que nuestros abuelos fueron incapaces de producir en un siglo. De las varias docenas de dramones y de dramitas presentados, algo pudo salvarse; amontonamos muchas toneladas de mineral bacífero y extrajimos un gramo de radio. Eso está bien. Debemos concretar nuestras fuerzas al cultivo del drama, para que perfeccionado éste, podamos aspirar a cultivar y perfeccionar la historia, la novela y la crítica. El drama, que es la forma más sintética de la literatura después de la epopeya, debe aparecer antes que la novela que es su forma analítica. Este camino, seguido inconscientemente por la humanidad en la filosofía y en las artes, debemos seguirlo conscientemente nosotros, si queremos conformarnos a la naturaleza antes que a nuestro capricho. Compendiemos las razones que nos asisten para sentar esta tesis.

En la historia de las religiones el primer esfuerzo es de síntesis. Veámoslo en el cristianismo solamente: el egoísmo, extraordinaria fuerza disociadora que engendró el politeísmo entre los paganos y entre los pueblos modernos la emulación internacional y el odio de clases, opuso Cristo el amor, fuerza ordenadora y de cohesión. Sobre esta base levantó Cristo su doctrina de donde vino a resultar una admirable síntesis religiosa, que después de abatir el orgullo cívico de los romanos y el estéril nacionalismo judaico, unió a los individuos y a los pueblos con un lazo de fraternidad cosmopolita.

En la historia de la filosofía se presentan, primero Pitágoras, luego Sócrates, en seguida Platón y por último Aristóteles, genios todos eminentemente sintéticos en el campo de la física, y aun de la metafísica y de la dialéctica. En el derecho las doce tablas resumen el derecho romano y éste a su vez resume el de los pueblos latinos; el derecho penal sintético como el que más, precede al derecho civil, eminentemente analítico y aun a veces se le considera incluido en éste como sucede en el derecho romano; el «Darmasastra» computa los delitos, el derecho canónico los imputa y el derecho moderno analiza los conceptos de computación y de imputación, de objetivismo y subjetivismo y los reduce a fórmulas sencillas y de vasta aplicación. Los sabios antiguos contemplaron las aristas, las superficies y los vértices; los modernos han descompuesto el poliedro, integrándolo y desintegrándolo a su amaño y se han deleitado en su representación espacial. He aquí por qué el primer sabio vale menos que el último. La seciación de los valores intelectuales no sigue la misma dirección que la de los valores éticos: son dos trayectorias que se cruzan para no volver a encontrarse jamás. En el punto de tangencia está el Hombre Dios, Cristo.

La epopeya homérica contiene el germen de todos los géneros literarios existentes; a la gran síntesis épica sucede la de un mundo menor, el de la realidad, desligado del mito; es la tragedia antigua, a la que han de suceder el cuento y el apólogo y en último lugar la novela. Este proceso racional se observa en el método del conocimiento en que el exegético y apriorista precede al experimental y positivo. Por lo demás, estas consideraciones las hallamos respaldadas en la historia literaria de todos los pueblos. En Grecia fueron primero Menandro y Esquilo que Longo y Antonio Diógenes; en Francia Corneille y Sacine precedieron a Balzac y Anatole; en Inglaterra Shakes-

peare se adelantó a Dickens; en España Cervantes vino después de Lope y Calderón; en Alemania Goethe y Schiller no han encontrado hasta ahora quienes les hagan contrapeso en el género no cultivado por ellos y estéril aún.

Recorrida triunfalmente la etapa de la poesía lírica en el siglo XIX toca al siglo XX cultivar el drama, dejando la novela para días mejores. No precisa correr, lo importante es no desviarse. Ojalá pronto el título de Atenas de América podamos aceptarlo sin escrúpulo; por ahora no deja de ser una mentirilla galante, un diamante engastado en un anillo de cobre.

ANTONIO VICENTE ARENAS
(Colegial de número)

Humboldt en Colombia

(Conclusión)

«Agregando a los resultados que ofrezco en este momento a los físicos, algunas medidas hechas por La Condamine y Bouguer, las del señor Caldas, y las pocas alturas que se conocen sobre el territorio de los Estados Unidos, se encontrará que el Nuevo Continente presenta cerca de quinientos puntos cuya elevación sobre el nivel del mar ha sido determinado barométricamente. Dudo que en toda el Asia se conozcan más de cincuenta, y sin embargo las naciones más civilizadas de Europa tienen allí colonias desde hace tres siglos! Cuán importante sería fijar la altura absoluta del interior de la Persia y del Tibet!... Me he servido, de tiempo en tiempo, de un aparato en el cual se hace la experiencia primitiva de Torricelli, aplicando sucesivamente tres o cuatro tubos llenos de mercurio y sin aire a una escala móvil y tomando el término medio de las alturas observadas.»